

Remanente Desde las cuatro de la mañana a las once de la noche.
Anuncio Desde las diez de la mañana a las cinco de la noche.

Table with 2 columns: Ptas., Cts.
Spain 1 25
Foreign (Union Post) 2 50

La Almudaina

DIARIO DE LA MAÑANA AVISOS Y NOTICIAS

Número suelto 5 cts
Atasado 10

Edición de la noche

La cajita de oro

Cuento

Las tres tabaqueras están en su sitio. La primera es un disco enorme y vulgar de madera torneada. La segunda, en forma casi cuadrangular, es de plata con labrados hechos al torno...

mi alma cuando vuestras alumnas entonan la «Salve Regina».
—¿Sí es la mejor obra...? El «tempo di minuto» del final resulta verdaderamente!

la derecha se cierra los ojos, yendo a agacharse a un rincón sombrío.
—¡La «Salve Regina»!
Tras de la corta introducción de orquesta entra el conjunto de voces. Después de las palabras «Ad te clamamus», canta la soprano sola.

los delitos de injuria y calumnia a autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y a colectividades del Ejército, la Armada y la Iglesia, y sometiendo a los Tribunales de derecho.
Por consiguiente, someter a los Tribunales de Guerra los delitos de imprenta contra el Ejército, que es de lo que se trata, no es mantener el estado actual de la legislación, sino retroceder y deshacer lo que la jurisprudencia, y luego la ley de 1.º de Enero de 1900, han establecido con asentimiento de todos los partidos.

lentitud de sus procedimientos, la impunidad inherente a muchos fallos del Jurado...
Esta disparidad de opiniones, que en otras circunstancias motivaría brillantes controversias doctrinales, será ocasión de que las pasiones se exciten y los temperamentos desbarren, y a que, faltado serenidad de ánimo para imparcialmente decidir y resolver, resulten antagonistas y enemigos los que, persiguiendo una misma finalidad patriótica, discrepan en los medios de alcanzarla...

ultrajado. Reciba usted la expresión del eterno reconocimiento de un corazón siempre agradecido.
Después de esto, tengo el sentimiento de decir a usted que... ya no puedo más. Desde 1898, la recompensa que recibí por mis amarguras en París, fué la calumnia, el ultraje y la difamación, haciéndome oír frecuentemente por pocos, es verdad, pero en medio del silencio general.

—¡Ilustísimo, un caballero desea veros.
—¿Hel estoy componiendo ahora...
—¿Aquí está su nombre...
Galuppi leyó en la elegante tarjeta de visita: Conde de Btingestein, tras de lo cual dijo:
—¿Haced que entre en seguida! Sin duda es algún chambelán del Emperador.

—¿Vos, que sois rico y noble, deseáis unir vuestra suerte a la de una niña a la cual no conocéis, sin nombre, sin familia, sin dote?
—¿La habéis visto de cerca a esa niña?
—No. Las cantoras, así como las demás ejecutantes, se sitúan en el coro alto cerrado... He oído la voz... ¡amo la voz!
—¿Queréis la voz?
—¿Sois ya mayor de edad; pero sois, por ventura, si esa voz se halla o no encerrada en el más vulgar de los «estuches»?
Galuppi se ofrece galantemente a sí mismo un polvo en la tabaquera de plata, y continúa así:
—¿Sabéis vos si mi excelente soprano es la encarnación de la fealdad?
El joven palideciendo, contesta:
—¡Ah! al fin y al cabo, eso ¿que importa?
Galuppi toca un timbre. El ser indefinible de quien hemos hablado aparece.

—¿Hijos míos—dice, el viejo organista os une, como pronto os unirá el sacerdote!... ¡Hijo mio, cuando te mostre la infeliz contrahecha—que no es la soprano, no la es,—obedece a un bajo sentimiento de egoísmo! No quería perder tan pronto a la cantora que realizaba mis trabajos. Deseaba alejarte de aquí...
—¿Mi vanidad ha sido castigada! ¡El recondimiento ha taladrado mi corazón!
—¿Tenía yo, acaso, el derecho de impedir, en interés mio, la felicidad de dos amables jóvenes? ¡No! Durante un mes he vivido sin aliento en el alma; y ahora, que obro como hombre honrado, siento que me rodea una ola desbordada de felices armonías!
Sentóse el maestro al clavicordio. ¿Qué importaban ya entonces su cara grotesca, sus físicos dotes y su peluca en verdad? Galuppi aparecía grande, Galuppi estaba sublime. El viejo contrapuntista olvidaba la ciencia y se convertía en poeta...
Por fin, estenuado, pálido, transagrado con los ojos muy abiertos y brillantes de entusiasmo, dijo:
—¿Hipólita Santi, hija mía en el arte, bendita seas! Vas a transformarte en señora noble. En tu nueva posición no olvides tu bello arte de cantora y piensa alguna vez en el hombre que te incluyó el gusto y la ciencia de la música. ¡Tú, noble conde de Ringelstein, más noble aún por tu corazón que por la sangre, sé igualmente bendito! ¡Venid a mis brazos y sellad con un beso vuestro desposorio!
Galuppi se dirigió a su bufete.
Tomó la caja de oro y llevándola respetuosamente, añadió:
—¿Hijos míos, he aquí la tabaquera que solo han tocado el César y Galuppi. A nadie, hasta ahora, he considerado digno de poner en ella sus dedos para tomar un polvo. ¡A nadie!... Ni a los archiduques, pues, en jerarquía, están muy por debajo del Emperador.

La actitud del general Luque
Las declaraciones que hizo en el Senado el señor ministro de la Guerra, fueron objeto de muchos comentarios. El general Luque afirmó que se reservaba su pensamiento hasta que se ultimara el proyecto relativo a los delitos contra la Patria y contra el Ejército.
Los periodistas que concurren a la tribuna, y no pocos senadores, creyeron haber oído que aquel terminó con estas palabras: «Entonces diré si el Ejército está o no satisfecho»; pero esta frase no consta en el Extracto Oficial, y en lugar de ella se leen estas otras: «Y cuando en Consejo de ministros se trate de esta cuestión, la estudiaremos con el detenimiento que su importancia reclama, y guiados del deseo del mejor acierto».

La reforma del Código
Dice La Epoca:
Historia del art. 7.º del Código de Justicia Militar.
Conviene recordarle, para que se aprecie el estado legal presente, y se discuta con fundamento sobre la reforma, cuando sus bases se den a conocer.
El art. 7.º del Código de Justicia militar, en su apartada séptimo, encomendaba a la jurisdicción de Guerra los delitos de atentado y desacato a autoridades militares, y los de injuria y calumnia a éstas y a las Corporaciones y colectividades del Ejército, cualquiera que fuese el medio para cometer el delito.

Palma
Varias personas nos ruegan dirijamos a la empresa de consumos, la súplica de que se deje entrar en la ciudad a los expedidores de leña antes de las siete de la mañana, con lo cual se aliviara el peso del vecindario que actualmente no puede proveerse de dicho útil artículo antes de dicha hora, so pena de verse obligado a consumir el adquirido el día anterior.
Un grupo de muchachos que ayer se estaban apedreando en el Jonquet, hiriendo a un guarda de consumos de servicio en aquel punto, produciéndole una herida de bastante extensión en la cabeza.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

—¿Yo me decís de mis cantoras, señor conde? ¡Oh! dos sopranos, dos mezzos sopranos y tres contraltos! Un conjunto de voces frescas, jóvenes, ágiles, puras, como no lo posee el teatro imperial de Viena! ¡Y qué método! ¡Qué seguridad de intenciones! ¿Qué? Mis cantoras...
—¿Seis violines,—interrompió el maestro,—dos violoncellos, un contrabajo, tres clavicordios, dos clarinetes y un oboe... Cada instrumento tocado por una aficionada.

